

guridad del territorio, convertido en gangster por mayor afición, al que llamaban 'El Richelieu del hampa', se puso al servicio de su país durante la guerra de Argelia, y con su grupo de gangsters persiguió a los traficantes de armas del FLN".

Parece ser que esa ajustada armonía empezó a desacoplarse —¡qué casualidad!— a partir del mes de mayo de 1968. Muchos jóvenes gangsters iniciaron una crítica científica de la jerarquía, respondiendo a los ecos que les llegaban de la Sorbona. Pero ellos no se satisfacían con diarreas verbales ni con las manifestaciones rituales desde la plaza de la República hasta la de la Bastilla. Para ellos la praxis pasaba por el P-38. Así fueron cayendo jefes históricos después del famoso ex policía Blemant, de Antoine Guerini, etcétera.

Sin embargo otros grupos trataban de recomponer el imperio de los jefes asesinados y de ocupar su dirección. Es decir, volver al "orden" establecido, como al fin y al cabo había hecho la sociedad francesa después de la exultación de mayo.

Dos hombres aspiraban a esta herencia: uno llamado "Tony", hijo de italianos, logró reunir bajo su mando al clan de los sicilianos de Marsella y a los que tuvieron que escapar de Grenoble, expulsados por el tan famoso "gang" de los lyoneses. Formó así una banda terrible con la que se enfrentó a su rival "Francis el Belga", propietario de un restaurante y de dos "boîtes de nuit" de Marsella. La batalla fue cruenta, sembrada de cadáveres (de esto no hace más de doce meses), pero al fin Tony logró diezmar las huestes de su émulo.

La Policía se encargó de terminar con ellas y con él. "Francis el Belga" fue detenido en 1973 y condenado a tres años de cárcel, amén de la prohibición de residir después en la región de la Costa Azul, donde iba a reinar su vencedor.

Tony, convertido en el gran padrino del banditismo de la Costa Azul, realiza varios viajes misteriosos a Italia. Y aquí se plantea el gran problema actual: ¿Se trata del caballo de Troya de la mafia? Hasta ahora, el "gangsterismo" francés tenía ciertas características "gaullistas", es decir, que era nacionalista y refractario a cualquier intromisión extranjera.

Hay quien dice que tantas muertes (las del bar El Teléfono y muchas otras) han sido teledirigidas por una multinacional del gangsterismo, que después de haberse apoderado de Niza (aquí perdonen una pequeña digresión para referir lo que dijo el vulgar alcalde de Niza, Jacques Medeil, evocando la criminalidad en su ciudad: "Hay tanta seguridad o más que en los campings españoles"). Decía que después de haberse apoderado de Niza, la multinacional de la droga y de la prostitución trata de conquistar Marsella. El puerto más importante del Mediterráneo sería un punto estratégico para centralizar el tráfico entre Oriente y Occidente. Sus primeras víctimas, en el pasado mes de marzo, eran grandes jefes "nacionalistas": el patriarca sexagenario Pancracio Santoni, conocido como "el juez del hampa", que no se cansaba de aconsejar: "Trabajemos entre franceses..."; Nicolás Mariano, asesinado en la autopista del Sol por un motociclista después de una persecución infernal, pertenecía también a la misma tendencia antimafia.

Y todos sus partidarios invocan el santo nombre de Meme Guerini, el último de los grandes padrinos franceses, muerto hace meses de un cáncer en la prisión parisina de la Sante, quien, aseguran sus descendientes, jamás hubiera cedido su imperio a la mafia...

Con todo esto, los marseleses han podido vivir en paz y en tranquilidad... durante dos días: las cuarenta y ocho horas consecutivas al tiroteo de El Telephone. Quinientos policías patrullaron día y noche por el barrio de la Ópera y por todo el Norte de la ciudad. Al cabo de este tiempo ya volvieron a sonar disparos, esta vez dirigidos contra el café Cuatro de Septiembre.

A los habitantes de Marsella les aguardan días tenebrosos. Unos temen ahora la venganza del grupo al que pertenecían los muertos del bar Le Telephone. Mientras que otros emplean a entrever ya la esperanza de que, ante el despliegue y la efervescencia policíacas —nefastos para el banditismo—, los propios gangsters se percaten de que deben poner orden en sus filas, y que, como en la película de Fritz Lang, "M.", el vampiro de Dusseldorf", busquen, juzguen y ejecuten a los discolos que no obedecen a reglas establecidas. ■



Ha muerto JACQUES BREL

El cantante y autor Jacques Brel tenía una magia muy especial, un encanto de landas tristes y países grises y planos. Era de nacionalidad belga y, aunque puede ser perfectamente incluido dentro de las corrientes de canción típica francesa de los años cincuenta-sesenta, su estilo reflejaba el melancólico misterio de los países Bajos.

Menos comprometido con la realidad que Brassens y carente de la mordacidad brutal y verdaderamente poética de un Leo Ferré, poseía una notable capacidad para la sátira de las pequeñas cosas, de los detalles cotidianos, así como una gran sensibilidad para el tema amoroso. Me atrevo a citar su canción "Ne me quitte pas" —una de las más famosas de este autor, de la que Nina Simone hace una versión escalofriante— como la mejor canción de amor de los últimos años. Musicalmente, Brel no era un innovador, y tampoco estaba adscrito a ninguna corriente de música propiamente folklórica: la suya era la típica canción literaria, "standard", pero sin caer en ningún momento en el adocenamiento o la vulgaridad.

Llegó a crear escuela, no solamente en Francia —Barbara, por ejemplo, interpreta con acierto temas suyos, y otros cantantes más jóvenes se esfuerzan por copiar su estilo personal—, sino también en España, y concretamente dentro del fenómeno de la canción catalana; sin Brel, la canción de Lluís Llach, por ejemplo, o incluso del primer Serrat, sería algo muy distinto.

Hacía tiempo que Brel había desaparecido de la escena; condecorador de su grave enfermedad —cáncer—, había querido pasar los últimos años de su vida en paz. Sin embargo, su reaparición el año pasado hacía pensar en que su enfermedad había remitido. El quiso conservar hasta el último momento la dolorosa intimidad de su tragedia. ■ E. HARO IBARS.